

# La Maternidad de la Tierra

θεῶν τε τὰν υπερτάταν, Γᾶν  
ἄφθιτον, ἀκαμάταν...

(Cf. SOFOCLES, *Ant.*, 338 s.).

## INTRODUCCION

En el estudio del primer estásimo de la *Antígona* de Sófocles, encontramos un tema que nos pareció muy importante y del cual no hemos visto publicado nada con amplitud y detalle; me refiero a la idea universal de considerar a la Tierra, Madre de todas las cosas.

Sobre este tema dimos algunas breves ideas en nuestro artículo *El primer estásimo de la Antígona de Sófocles*<sup>1</sup> y omitimos, intencionadamente, hablar de ello en nuestra tesis doctoral *Pensamiento y función del Coro en el primer estásimo de la Antígona de Sófocles*, porque excedía los límites del comentario al texto sofócleo.

Ahora queremos escribir unas páginas con parte del material, el más significativo, que tenemos recogido sobre esta idea, común a todas las culturas: la Tierra es la Madre de todo lo que existe, idea que en modo alguno resulta pura literatura, sino que responde perfectamente a una creencia de los pueblos y a una realidad objetiva. Así lo demuestran los estudios modernos de la Economía Política, según la cual, la Tierra —entendiendo bajo este nombre todas las materias físicas, fuerzas y ele-

---

1. Cf. «Helmántica» XVIII (1967) 241-272.

mentos naturales, exceptuado el hombre— es el origen y la fuente de todo, es la Madre universal <sup>2</sup>, hasta del mismo hombre <sup>3</sup>.

Esta idea de la Economía Política, se corresponde perfectamente con las creencias universales que se reflejan en la historia de las religiones y en las respectivas literaturas; abundante y espléndida es la simbología y literatura sobre la Madre Tierra, ocupando siempre un lugar preferente en la mitología y en la literatura; de ella hablan, a ella cantan los pueblos todos con veneración y respeto, porque la consideran como un ser vivo, desbordante de vitalidad, principio de todo lo existente, de cuyo incansable seno recibe la existencia todos los seres. Por ello, es frecuente encontrarla personificada, divinizada, a la cual se dirigen plegarias y con la cual se habla directamente, como si de un ser inteligente se tratase.

Nuestro estudio quiere centrarse en la literatura clásica y cristiana primitiva, pero nos permitiremos escribir brevemente, para ambientar el tema, sobre la idea de la Maternidad de la Tierra en las culturas contemporáneas a las que nos ocuparán principalmente en este artículo. Veamos:

a) FRIGIA: En el antiguo reino frigio, encontramos una divinidad, *Cibeles*, a quien se le daba el nombre de *Gran Madre*, que era la personificación de la naturaleza, de la Tierra llena de vida, cuya fuerza es inagotable; es símbolo de todo principio femenino, fuente de vida, madre de los dioses más importantes, que obra maravillas y ofrece protección a sus adoradores.

b) FENICIA: En la mitología fenicia, aparece la Madre Tierra con el nombre de *Astarte*, de carácter fecundante y madre de todas las cosas.

c) EGIPTO: Con el nombre de *Isis* se designa a la divinidad egipcia que por su propia fuerza generadora, sin concurso de varón, engendra

---

2. «Ahora bien, lo necesario al trabajo para producir estas cosas es la tierra... El hombre no crea nada. Toda la raza humana, aunque trabajase eternamente, no podría crear la más tenue partícula que flota en un rayo de sol... El trabajo, al producir riqueza con el auxilio de las fuerzas naturales, no hace sino dar las formas deseadas a la materia preexistente... La tierra es la fuente de toda riqueza. Es la mina... Es la sustancia a la cual el trabajo da la forma». Cf. H. GEORGE, *Progress and Poverty*, trad. por Baldomero Argente del Castillo, Valencia, 1963, pp. 279 ss.

3. «Sobre la tierra hemos nacido, de ella vivimos, a ella tornaremos: somos hijos de la tierra tan verdaderamente como la hoja de hierba o la flor de los campos. Quitad al hombre todo lo que pertenece a la tierra, y no será sino un espíritu incorpóreo. El progreso material no puede librarnos de nuestra dependencia de la tierra». Cf. H. GEORGE, *o. c.*, p. 304.

a Horus; es la tierra en quien Osiris, el Sol, hace germinar con su calor todos los seres; a ella se le debe la civilización porque ha inventado todas las artes. Es la diosa que más estrecha relación guarda con la Deméter griega, en sus atribuciones y en sus cultos.

d) ASIRIA Y BABILONIA: Como todo pueblo primitivo, concedían una gran importancia a la agricultura, por lo que veneraban a la Madre Tierra como la divinidad —procedente de los sumerios y semitas— que concedía las mieses a los mortales. Su nombre era *Enlil*, que, al realizarse el sincretismo religioso, tomó el nombre de *Isthar*, agrupando a todas las divinidades femeninas.

Vistas las divinidades principales que representaban la Maternidad de la Tierra, expresión de un sentir común, pasemos a considerar, también brevemente, las divinidades de Grecia y Roma.

La Tierra, *Γαῖα* es considerada como el elemento primordial del cual proceden todos los seres. En la *Teogonía* de Hesíodo, vemos confirmado todo esto: es madre de los dioses, de los titanes, de los cíclopes, etc., etc.; con ello, vemos que toda acción mitológica de *Γαῖα*, está relacionada con su maternidad. Es una fuerza vital tan dinámica que su misión maternal la cumple aún sin el concurso de elemento masculino alguno.

Poco a poco, la Tierra, potencia y reserva inextinguible de fecundidad, pasó a considerarse Madre universal y, a medida que la mente helénica fue personificando a sus dioses, la *Tierra* se encarnó en divinidades como Deméter, Cibeles, etc., cuyos mitos, más humanizados que los de *Γαῖα*, dominan la mente griega, pasando incluso a la filosofía <sup>4</sup>.

En Roma, a su vez, estaba ampliamente arraigado el culto a la Tierra, Madre de todo; pueblo campesino como era, nada de extraño tiene que ya desde sus orígenes tributase culto a esta divinidad. En Roma se produce el sincretismo religioso y encontramos la idea de la Maternidad de la Tierra en divinidades como Cibeles, Deméter, Rea, Isis, Tellus, Ceres, Magna Mater, Vesta, Opis, etc.

Prevía esta introducción, pasemos ya al tema central de nuestro estudio, que es la literatura clásica, en la que reviste una gran importancia y encuentra un profundo eco el sentir popular y tradicional; y esto, no sólo por la realidad palpitante de una Tierra a la que se considera con vida, sino también por la insistencia y frecuencia con que los clásicos

---

4. Cf. P. GRIMAL, *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine*, Paris, 1963, s. v.

nos hablan de este tema. En todas las épocas y en todos los géneros literarios —como veremos—, encontramos huellas de este sentir helénico y latino, que resulta ser también universal, como hemos dicho, según el cual la Tierra es un ser viviente, inteligente, pues aparece personificada, origen y principio de los seres inanimados, vivientes, animales, del mismo hombre, y hasta de los dioses; la creación entera procede de la Madre Tierra.

### LA TIERRA, MADRE DE TODAS LAS COSAS

La Tierra es la madre primera de todos los seres y de sus fértiles entrañas proceden todos los demás seres; en los Himnos Homéricos se le canta *Γαίαν παμμήτειραν αἰείσομαι*.. / ἡ φέρβει ἐπὶ χθονὶ πάνθ' ὅπως ἐστίν<sup>5</sup>; Hesíodo habla de los seres que de ella proceden y le dice Madre de todo: *Γῆ, πάντων μήτηρ*..<sup>6</sup>. Píndaro canta: *Οὐρανὸς δ' ἔφριξε νιν καὶ Γαῖα μήτηρ*<sup>7</sup>.

En la literatura latina, encontramos textos no menos expresivos y elocuentes. Virgilio escribe: «...ipsaque Tellus / omnia liberius, nullo poscente, ferebat»<sup>8</sup>. Y Ovidio: «Prima Ceres unco glebam dimovit aratro / prima dedit fruges alimenta que mitia terris; / prima dedit leges: Cereris sunt omnia munus, / illa canenda mihi est, utinam modo dicere possem / carmina digna dea: certe dea carmine digna est»<sup>9</sup>. «Ipsa quoque immunis rastroque intacta nec ullis / saucia vomeribus per se dabat omnia tellus»<sup>10</sup>.

Lucrecio reconoce que la Tierra ostenta merecidamente el título de Madre: «Linquitur ut merito maternum nomen adepta / terra sit, e terra quoniam sunt cuncta creata»<sup>11</sup>; unos versos antes, en el 259 del mismo libro, había llamado a la Tierra, Madre de todas las cosas, «omniparens eadem rerum...».

Cicerón no podía pasar por alto este tema, al escribir su «De natura deorum»: «Tam si est Ceres a gerendo, terra ipsa dea est et ita habe-

5. Cf. Himno 30, 1-2.

6. Cf. *Trab.*, 116-210; 563; etc.

7. Cf. *Ol.*, 7, 70; también *Ol.*, 10, 42; *Pit.*, 9, 101s.

8. Cf. *Georg.*, 1, 127s.

9. Cf. *Met.*, 5, 341-45.

10. Cf. *Met.*, 1, 101s., 156-60, etc.

11. Cf. *R. Nat.*, 5, 795ss., 319s., etc.

tur»<sup>12</sup>; y añade: «Tu, cum tibi, sive deus sive mater, ut ita dicam, rerum omnium natura dederit animum...»<sup>13</sup>.

Virgilio y Tibulo son seguramente los poetas latinos que más mencionan este tema: «Prima Ceres ferro mortalis vertere terram instituit»<sup>14</sup>. Y Tibulo escribe: «Flava Ceres, tibi sit nostro de rure corona / spicea, quae templi pendeat ante fores»<sup>15</sup>.

Horacio desea ofrecer a Ceres una corona, entretejida con espigas producidas por la fértil tierra: «Fertilis frugum pecorisque Tellus / spicea donet Cererem corona»<sup>16</sup>.

Expresivos epítetos se aplican a la Tierra, en los cuales se refleja claramente la idea de su maternidad: «alma Tellus», etc.<sup>17</sup>.

Con gran viveza literaria Ovidio llama «Grande Madre» a la Tierra, como lo hacen también otros escritores y poetas: «magna parens terra est, lapides in corpore terrae»<sup>18</sup>, «assaque post tergum magnae iactate parentis»<sup>19</sup>.

Y Virgilio alude a la Maternidad de la Tierra cuando escribe: «Liber et alma Ceres, vestro si munere tellus...»<sup>20</sup>; «tardaue Eleusinae matris volventia plaustra»<sup>21</sup>, donde se refiere al dato mitológico griego, según el cual Deméter concedió a Triptólemo, en Eleusis, la espiga de trigo, el arado y el carro, en agradecimiento a su hospitalidad; por eso se considera a Triptólemo el padre de la agricultura, aprendida de Deméter: ...ἐπεὶ λέγεται μὲν Τριπτόλεμος ὁ ἡμέτερος πρόγονος... καὶ τοῦ Δῆμητρος δὲ κάρπου εἰς πρώτην τὴν Πελοπόννησον σπέρμα δωρήσασθαι...<sup>22</sup>, tradición mitológica reflejada también en la literatura latina, principalmente en Ovidio: «Triptolemum gremio sustulit illa suo»<sup>23</sup>; «iste quidem mortalis erit: sed primus arabit et seret, et culta praemia tollet humo»<sup>24</sup>. Y es el mismo Ovidio quien escribe: «atque levem currum Tritonida misit in

12. Cf. *De Nat. D.*, 3, 20; 3, 52.

13. Cf. *Parad.*, 1, 3, 14.

14. Cf. *Georg.*, 1, 147, 498, etc.

15. Cf. 1, 1, 15s.; 2, 5, 58; 1, 4; 5, 84; etc.

16. Cf. *Carmen saec.*, 29s.

17. Cf. OVIDIO, *Met.*, 2, 272; 5, 438ss.; 8, 741ss.; 10, 503-579; *Fast.*, 4, 634; 6, 280. VIRGILIO, *En.*, 6, 250; *Georg.*, 1, 7; etc.

18. Cf. *Met.*, 1, 393.

19. Cf. *Met.*, 1, 383.

20. Cf. *Georg.*, 1, 7.

21. Cf. *Georg.*, 1, 163.

22. Cf. JENOFONTE, *Hel.*, 6, 3, 6. VIRGILIO, *Georg.*, 1, 147s.

23. Cf. *Fast.*, 4, 507ss.

24. Cf. *Fast.*, 4, 516ss.

urbem / Triptólemo; partimque rudi data semina iussit / spargere humo, partim post tempora longa recultae»<sup>25</sup>; «...patria es clara mihi, dixit Athenae, / Triptólemus nomen. Veni... Dona fero Cereris, latos quae sparsa per agros / frugiferas messes alimentaue mitia reddant»<sup>26</sup>.

También Virgilio se refiere a esta tradición mitológica cuando dice: «Prima Ceres ferro mortalis vertere terram / instituit cum iam glandes atque arbuta sacrae / deficerent silvae et victum Dodona negaret»<sup>27</sup>.

Del mismo modo Lucrecio atribuye a la Madre Tierra el origen de la agricultura: «At specimen sationis et insitionis origo / ipsa fuit rerum primum natura creatrix»<sup>28</sup>, para continuar en los versos siguientes, 1.358-75, la evolución que fue experimentando la agricultura, gracias a la habilidad e ingenio humanos.

Finalmente citemos a Ovidio quien, en sus *Metamorfosis*, sigue tratando el tema que nos ocupa: «cetera diversis tellus animalia formis / sponte sua peperit»<sup>29</sup>; «vivaci nutrita solo, ceu matris in alvo, / creverunt faciemque aliquam cepere morando»<sup>30</sup>, donde encontramos la bella imagen del seno materno que da la vida y la acrecienta, aplicada a la Tierra, en cuyas entrañas brota todo germen de vida.

Esta idea de considerar a la Tierra como Madre de todas las cosas, pasa después a las literaturas modernas, de las cuales no es nuestro intento ocuparnos aquí; pero, entre los textos que tenemos comprobados, nos permitimos citar uno sólo que se distingue por su grandiosidad, por su precisión y que tiene el mérito de la extraordinaria pluma que lo escribió, Miguel de Cervantes. Dice así: «...aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían»<sup>31</sup>.

25. Cf. *Met.*, 5, 645-47.

26. Cf. *Met.*, 5, 652-56; *Pónt.*, 4, 2, 10; *Trist.*, 3, 8, 1.

27. Cf. *Geórg.*, 1, 147-49.

28. Cf. *R. Nat.*, 5, 1.358s.

29. Cf. *Met.*, 1, 415s.

30. Cf. *Met.*, 1, 420s., 434-37; etc.

31. Cf. *El Quijote*, parte I, cap. 2.

## LA TIERRA, MADRE DE DIOS Y HEROES

La Tierra es diosa ella misma y, a su vez, es madre de la que proceden todos los dioses; así la saludan los himnos Homéricos: Χαῖρε, θεῶν μήτηρ<sup>32</sup> y lo repiten constantemente: Μητέρα μοι πάντων τε θεῶν πάντων τ' ἀνθρώπων ...<sup>33</sup>; a cantar su maternidad dedican los mencionados himnos poemas enteros, como el 30, el 14 etc.

Siglos más tarde, recoge estas ideas el polifacético genio poético de Píndaro, que dice ser la Tierra madre de dioses y de hombres: Ἐν ἀνδρῶν / ἔν θεῶν γένος ἕκ μίας δὲ πνέομεν / ματρός ἀμφοτέρω<sup>34</sup>.

Hesíodo se imagina a los dioses ensalzando y glorificando a quienes les dieron el ser, la Tierra y el Cielo: θεῶν γένος αἰδοῖον πρῶτον κλείουσιν αἰοιδῆ ἔξ ἀρχῆς, οὓς Γαῖα καὶ Οὐρανός εὐρύς ἔτικτεν<sup>35</sup>, idea que repite más adelante en el mismo poema: «Ensalzad a la raza sagrada de los inmortales, siempre vivientes, que nacieron de la Tierra y del Cielo estrellado»<sup>36</sup>. La Tierra es madre del mismo Zeus, como dice Sófocles: ὀρεστίερα παμβῶτι Γᾶ / μάτηρ αὐτοῦ Διός<sup>37</sup> y es también madre de los grandes héroes<sup>38</sup>, como describe principalmente Hesíodo en su *Teogonía*.

## LA TIERRA, MADRE DE LOS HOMBRES

Todo lo que encontramos en el hombre de participación divina, radica en la mitología helénica, según la cual, dioses y hombres tienen un mismo e idéntico origen: «Uno mismo es el linaje de los hombres y el de los dioses, pues de la misma madre recibimos el aliento»<sup>39</sup>.

También en los himnos Homéricos, como antes vimos, se indica esta identidad de principio vital para los dioses y para los hombres<sup>40</sup>, idea que encontramos repetida en otros poetas, como Focílides, quien indica

32. Cf. *HH. HH.*, 30, 17.

33. Cf. *HH. HH.*, 14, 1-2.

34. Cf. *Nem.*, 6, 1-2.

35. Cf. *Teog.*, 44ss.

36. Cf. *Teog.*, 105s.

37. Cf. *Fil.*, 391s.

38. Cf. *Odis.*, 11, 576; etc.

39. Cf. PÍNDARO, *Nem.*, 6, 1-2.

40. Cf. *HH. HH.*, 14, 1-2.

que nuestro cuerpo reconoce en la tierra su principio vital: σῶμα γὰρ ἐκ γαίης ἔχομεν <sup>41</sup>.

Esta idea de la maternidad de la Tierra con respecto al hombre, la encontramos también con frecuencia en la literatura latina, de cuya creencia citaremos algunos ejemplos: Tito Livio escribe: «...terram osculo contigit, scilicet quod ea communis mater omnium mortalium esset» <sup>42</sup>. Cicerón indica que la naturaleza es quien da la vida a los mortales: «Tu, cum tibi, sive deus sive mater, ut ita dicam, rerum omnium natura dederit animum...» <sup>43</sup>.

Lucrecio insiste en afirmar que la Tierra ostenta mercedamente el título de Madre porque es el origen del hombre y de los demás seres: «Quare etiam atque etiam maternum nomen adepta / terra tenet merito, quoniam genus ipsa creavit / humanum atque animal prope certo tempore fudit / omne quod in bacchatur montibu' passim / aeriasque simul volucres variantibu' formis» <sup>44</sup>; y unos versos antes había escrito: «Tunc tibi terra dedit primum mortalia saecla» <sup>45</sup>.

## PERSONIFICACION DE LA TIERRA

La Tierra, no solamente puede ser considerada como Madre insensible de todo lo existente, no; la Tierra es un ser viviente, es un ser superior al que se respeta, venera y al que se le dirige la palabra, como a cualquier otro ser consciente, para elevar a su presencia las súplicas de los mortales pidiendo favores, sobre todo relacionados con la vida del campo. De ahí que aparezca frecuentísimamente personificada.

Es en Hesíodo en el primero que encontramos vestigios de una tradición anterior, según la cual, la tierra es un ser distinto de todos los demás y superior a todos ellos; así vemos numerosos lugares en Hesíodo en que expresa estas ideas <sup>46</sup>, las cuales se remontan a los tiempos homéricos <sup>47</sup> y se continúan a través de la literatura posterior. Así Esquilo dice: Γαῖα, πολλῶν ὀνομάτων μορφή μία <sup>48</sup>

41. Cf. FOCILIDES, 102.

42. Cf. 1, 56, 12.

43. Cf. *Parad.*, 1, 3, 14.

44. Cf. *R. Nat.*, 5, 821-25.

45. Cf. *R. Nat.*, 5, 805.

46. Cf. *Teog.*, 105s., 116-210, 238, 300, 421, 463, 470, 479, 626, 702, 821, 884, 891, etc.

47. Cf. *Odis.*, 11, 576.

48. Cf. *Eum.*, 2.



El hecho de considerar a la Tierra como un ser animado y con vida, se hace mucho más real y palpitante cuando se habla directamente con ella. En Sófocles, por ejemplo, leemos: «Monstruosa y alma Tierra, madre del mismo Zeus, que habitas en el grande y aurífero Pactolo! A ti allí, oh madre augusta, invoqué cuando contra éste se dirigía toda la injuria de los atridas, cuando las paternas armas otorgaron, oh diosa que en tauricidas leones montas, al hijo de Laertes, como honra excelsa»<sup>49</sup>.

A ella incovan los campesinos en la época de la sementera y recolección pidiendo pingües cosechas: Δάρυατερ πολύκαρπε, πολύσταχυ, τόδο τό λίϑον / εὔεργον τ' εἶη καὶ χάρισμα· ὅτι μάλιστα<sup>50</sup>. Aparece personificada en otros muchos autores, como Píndaro<sup>51</sup>, Eurípides<sup>52</sup>, etc.; recuérdese también la emoción y ternura con que Medea entierra a sus hijos, como encomendándolos a la Tierra para que cuide de ellos... Esta idea, ya cristianizada, encontraremos en Aurelio Prudencio, como luego veremos.

También en la literatura latina encontramos muy frecuentemente personificada a la Tierra, como en Tibulo<sup>53</sup>, Horacio<sup>54</sup>, Virgilio<sup>55</sup>, Cicerón<sup>56</sup>, etc.; del mismo modo que en la literatura griega, encontramos también casos en que se habla directamente con la Tierra: «Terra, tibi mando...», dice Virgilio<sup>57</sup>. Varrón comienza su tratado «De re rustica», a la Madre Tierra: «Primum invocabo qui omnes fructus agriculturae caelo et terra continent, Iovem et Tellurem; itaque quod hi parentes magni dicuntur, Iupiter pater appellatur et Tellus Terra Mater»<sup>58</sup>. Suetonio habla de dirigir las preces a la Madre Tierra, para que castigue al culpable: «Terram matrem deosque manes orare ne mortuo sedem ullah nisi inter impios darent»<sup>59</sup>.

También encontramos algunas inscripciones en que aparece personificada: «Terra mater rerum quod dedit ipsa teget»<sup>60</sup>.

49. Cf. *Fil.*, 591-402.

50. Cf. TEOCRITO, 10, 42s.

51. Cf. *Pit.*, 9, 101s.; *Ol.*, 7, 70.

52. Cf. *El.*, 1.177.

53. Cf. 1, 1, 15; 2, 1, 4; 2, 5, 84; 2, 5, 58.

54. Cf. *Od.*, 3, 4, 73; *Epist.*, 2, 1, 143.

55. Cf. *Geórg.*, 1, 278; *En.*, 4, 165, 178.

56. Cf. *Nat. D.*, 3, 20.

57. Cf. *Buc.*, 8, 92.

58. Cf. 1, 1.

59. Cf. *Tiberio*, 75.

60. Cf. C. I. L., 1.476, 2; etc.

## LA MATERNIDAD DE LA TIERRA EN LA LITERATURA CRISTIANA

No podríamos terminar este artículo, breve por cierto, sin referirnos a la idea de la maternidad de la Tierra, reflejada en la literatura cristiana; no es nuestro intento hacer un estudio exhaustivo del tema, sino sólo una selección de algunos de los textos más significativos de la Biblia y la patrística.

a) *En el Antiguo Testamento*: Dios creó la tierra, la cual estaba vacía <sup>61</sup>; de la tierra hizo Dios nacer todas las plantas: «Et ait: Germinet terra herbam virentem et facientem semen et lignum pomiferum faciens fructum iuxta genus suum, cuius semen in semetipso sit super terram. Et factum est ita» <sup>62</sup>. También hizo Dios que brotaran de la tierra los animales vivos: «Dixit quoque Deus: Producat terra animam viventem in genere suo, iumenta et reptilia et bestias terrae secundum species suas. Factumque est ita» <sup>63</sup>.

La tierra, por voluntad de Dios, hizo brotar de su fecundo seno todo el mundo vegetal y animal; mas al llegar a la creación del hombre es el mismo Dios quien se cuida de ella, pero sacándolo también de la tierra, la madre común de todos los seres: «Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae et inspiravit in faciem eius spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem» <sup>64</sup>; y repite la idea, al referir el castigo que recibe Adán por su pecado: «In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es; quia pulvis es et in pulverem reverteris» <sup>65</sup>.

En los demás libros del Antiguo Testamento, aunque se hace alusión con cierta frecuencia a la maternidad de la Tierra <sup>66</sup>, preferimos pasarlos por alto, para fijar nuestra atención en los libros sapienciales, escritos en plena época helenística, en los cuales se advierte más claramente la influencia de las culturas contemporáneas, sobre todo la griega que le presta su idioma incluso.

Entre los muchos textos que encontramos en los libros sapienciales, espigaremos sólo unos cuantos. El autor del libro de la Sabiduría, se

61. Cf. *Gén.*, 1, 1-2.

62. Cf. *Gén.*, 1, 11.

63. Cf. *Gén.*, 1, 24.

64. Cf. *Gén.*, 2, 7; 1, 27.

65. Cf. *Gén.*, 3, 19.

66. Cf. v. gr.: Job, 4, 19; 33, 6; Is., 64, 8; etc. Cf. también H. DE RAZE, E. DE LACHAUD, J. FLANDRIN, *Concordantiarum SS. Scripturae manuale*, Barcelona, 1958.

confiesa hijo de la tierra: «Sum quidem et ego mortalis homo, similis omnibus / et ex genere terreni illius, qui prior factus est»<sup>67</sup>.

Es precisamente en el Eclesiástico en el que más frecuentemente encontramos esta idea y también con mayor expresividad: «Omnes homines de solo et ex terra unde creatus est Adam...»<sup>68</sup>. En el cap. 17, 1 del mismo libro hace una alusión a la creación del hombre referida en el Génesis; hablando del hombre y refiriéndose al Génesis, 3, 19, antes mencionado dice: «Omnia quae de terra sunt in terram convertentur»<sup>69</sup>. Pero el lugar que tal vez resulte más expresivo lo encontramos en estas palabras: «...a die exitus de ventre matris eorum / usque in diem sepulturae in matrem omnium»<sup>70</sup>.

Pero no sólo el hombre resulta ser hijo de la Tierra, sino que hasta el mismo Mesías es vaticinado por el profeta Isaías como brote que surgirá de la tierra: hablando de los siete dones que distinguirán al Mesías, dice: «Et egredietur virga de radice Iesse et flos de radice eius ascendet. Et requiescet super eum spiritus Domini...»<sup>71</sup>.

Tal vez el texto más significativo sobre el origen de la Tierra que caracterizará al Mesías, sea aquel en el que exclama Isaías, lleno de esperanza y con vehementes deseos de que se anticipe la hora de la llegada del Enviado: «Rorate caeli desuper et nubes pluant iustum; aperiatur terra et germinet Salvatorem, et iustitia oriatur simul: ego Dominus creavi eum»<sup>72</sup>.

b) *En el Nuevo Testamento*: Aparece en numerosos lugares, sobre todo en San Pablo<sup>73</sup>. Tanto en estos textos neotestamentarios, como en los patrísticos —que más adelante veremos—, se advierte una cierta predilección a considerar la maternidad de la Tierra en relación con la resurrección de los cuerpos.

Así San Pablo, hablando de la futura resurrección de los difuntos, toma como modelo y argumento la obra creadora y vivificadora de la Madre Tierra: «Seminatur in corruptione, surget in incorruptione; se-

67. Cf. *Sab.*, 7, 1.

68. Cf. *Ecclo.*, 33, 10.

69. Cf. *Ecclo.*, 40, 11; 41, 13.

70. Cf. *Ecclo.*, 40, 1.

71. Cf. *Is.*, 11, 1ss.; también *Is.*, 4, 2; 52, 2; etc.

72. Cf. *Is.*, 45, 8.

73. Cf. *I Cor.*, 15, 47; *2 Cor.*, 4, 7; 5, 1; etc.

minatur in ignobilitate, surget in gloria; seminatur in infirmitate, surget in virtute; seminatur corpus animale, surget corpus spiritale»<sup>74</sup>.

Posiblemente tomase San Pablo este simbolismo del mismo Jesucristo, que dice: «Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert»<sup>75</sup>.

Por otra parte, nada tiene de extraño que San Pablo utilice la idea pagana de la maternidad de la Tierra —como empleó otras muchas, v. gr., el afán helénico de superación, reflejado en las competiciones agónales, etc.—, para exponer a sus fieles de cultura griega los principios teológicos y morales de la Nueva Ley.

En efecto, a su paso por Eleusis, recibiría información directa sobre el hecho mitológico, según el cual, como vimos, Deméter premió a Triptólemo su cordial hospitalidad entregándole la espiga de trigo, a la vez que el uso del carro y del arado para cultivar los campos de Eleusis<sup>76</sup>.

Además, escucharía también con vivo interés la aplicación que los misterios eleusinos hacían de esta leyenda de Deméter —la Madre Tierra— en su aplicación religioso-moral: Es necesario sobrepasar la interpretación agraria y dar al grano sepultado en la tierra el sentido de la muerte corporal. La reaparición del grano resulta así un símbolo de una nueva vida después de la muerte. Es un símbolo apto para expresar la inmortalidad: la tierra tiene vida y comunica esa vida al grano que muere en sus entrañas y al cadáver que espera la resurrección<sup>77</sup>.

c) *En los SS. Padres*: En la patrística encontramos con frecuencia documentos que nos hablan de la maternidad de la Tierra; pero la mayoría de ellos tienen una característica común que guarda relación estrecha con la ideología neotestamentaria, pues hablan de la maternidad de la Tierra al tratar el tema de la resurrección de los difuntos: la tierra volverá a dar vida al cadáver depositado en su seno; lo hará brotar nuevamente de lo más profundo de sus maternas entrañas, nuevamente

74. Cf. I Cor., 15, 42-44.

75. Cf. Jn., 12, 24.

76. Cf. JENOFONTE, 6, 3, 6; OVIDIO, *Fast.*, 4, 507, 517; etc.

77. Cf. P. DIEL, *Le symbolisme dans la mythologie Grecque*, Paris, 1952, p. 248.

surgirá de su fértil seno; de ahí el valor de la sílaba «re-», empleada en las palabras *resurrección*, *resurgir*, etc., de lo cual nos habla Tertuliano, según vemos a continuación.

De Tertuliano son estas palabras: «Resurgere autem non est nisi eius quod cecidit; iterum enim surgendo, quia cecidit, resurgere dicitur: «Re» enim syllaba, iterationi semper adhibetur. Cadere ergo dicimus corpus in terram per mortem sicut et res ipsa testatur ex lege Dei: Corpori enim dictum est: Terra es et in terram ibis (Gén. 3, 19). Ita quod de terra est ibit in terram, hoc cadit quod in terram ibit, hoc resurgit quod cadit»<sup>78</sup>.

San Ireneo habla a la vez de los dos nacimientos del cuerpo humano cuando escribe: «Sumpsit Deus limum de terra, et formavit hominem. Et quidem multo difficilium et incredibilius est ex non existentibus ossibus, et nervis, et venis, et reliqua dispositione, quae est secundum hominem, facere ad hoc ut sit, et quidem animalem et rationalem facere hominem, quam quod factum est, et inde resolutum est in terram, propter causas quas praediximus, rursus deintegrare»<sup>79</sup>.

En San Agustín<sup>80</sup> y en las *Constitutiones Apostolorum*<sup>81</sup>, encontramos argumentación similar a la que acabamos de mencionar de San Ireneo, para demostrar la resurrección de la carne.

Aphraates nos habla con mucha mayor expresividad, acercándose en belleza de ideas a las que más adelante mencionaremos de Prudencio. De Aphraates son estas palabras: «In priore quidem generatione, nascuntur (homines) spiritu animali praediti, qui in homine creatur... Cum ergo moriuntur homines spiritus animalis absconditur cum corpore, quod sensu destituitur; spiritus quidem caelestis, quem acceperunt, ad naturam suam, ad Christum reddit. Porro utramque rem docet Apostolus dicens: «Sepelitur corpus animaliter, et surgit spiritualiter»<sup>82</sup>.

También late el espíritu paulino cuando Aphraates compara la resurrección de la carne, al nacimiento de la semilla: «De hac igitur mortuorum resurrectione, carissime, pro meis viribus te erudiam. Deus ab initio creans hominem de pulvere eum finxit et erexit eum. Si ergo ho-

78. Cf. *Adv. Marcionem*, 207-208; también, *De carnis resurrectione*, 208-11.

79. Cf. *Adv. Haereses*.

80. Cf. *Comentario al Gén.*, 6, 13, 23.

81. Cf. 5, 7, 19s.

82. Cf. *Demonstrationes*, 6, 14.

minem, cum non existeret, e nihilo fecit, quanto nunc ipsi facilius est eum terrae, seminis instar, mandatum excitare!»<sup>83</sup>.

Pero seguramente es Aurelio Prudencio quien más expresivamente habla de la maternidad de la Tierra, intentando cristianizar la cultura clásica.

En dos lugares, principalmente, habla Aurelio Prudencio de este tema: en el *Cathemerinon* 3 y en el 10; de ambos nos ocuparemos ahora.

1) *Cathemerinon* 3: Himno para antes de las comidas: Menciona aquí los frutos que produce la Madre Tierra: «Fundit opes ager ingenuas / dives aristiferae segetis, / hic, ubi vitea pampineo / bracchia palmite luxuriant, / pacis alumna ubi baca viret»<sup>84</sup>. Seguidamente<sup>85</sup>, va describiendo uno por uno algunos de sus frutos: de ella proceden las olivas y las legumbres (vv. 64-65), la leche y el queso (vv. 66-70), la miel (vv. 71-75), las frutas todas.

A continuación, nos habla del origen del hombre, diciendo: «Nos igitur tua, sancte, manus / caespite composuit madido / effigiem meditata suam / utque foret rata materies, / ore animam dedit ex proprio» (Gén. 2, 1-7)<sup>86</sup>.

Más adelante, refiriéndose a la resurrección de la carne, escribe: «Viscera mortua quin etiam / post obitum reparare datur / eque suis iterum tumulis / prisca renascitur effigies / pulvereo coëunte situ»<sup>87</sup>; manifiesta luego su esperanza personal: «Spes eadem mea membra manet, / quae redolentia funereo iussa quiescere sarcofago, / dux parili redivivus humo / ignea Christus ad astra vocat»<sup>88</sup>.

2) *Cathemerinon* 10: Himno a las exequias de los difuntos: Para el tema que nos ocupa, es este himno de Prudencio el que más bellas ideas expresa de toda la literatura patristica.

Refiriéndose a la muerte y al destino próximo del cuerpo y del alma, escribe: «Resoluta sed ista seorsum / proprios revocatur in ortus: / petit halitus aëra fervens, / humus excipit arida corpus»<sup>89</sup>. Y prosigue:

83. Cf. *Demonstrationes*, 8, 6.

84. Cf. vv. 51-55.

85. Cf. vv. 56-80. Cf. paralelismo con VIRGILIO, *Buc.*, 1, 81; etc.

86. Cf. vv. 96-100; Cf. también sus *Apoteosis*, vv. 1.020-45.

87. Cf. vv. 191-95.

88. Cf. vv. 201-205.

89. Cf. vv. 9-12, idea que encontramos ya en EURÍPIDES, *Supl.*, 533: Πνεῦμα μὲν πρὸς αἰθέρα, τὸ σῶμα δ' ἐς γῆν.

Sic cuncta creata necesse est / obitum tolerare supremum, / ut semina dissociata / sibi sumat origo resorbens»<sup>90</sup>.

Y sigue hablando de la muerte: «Quia lex eadem manet omnes / gemitum dare sorte sub una / cognataque funera nobis aliena in morte dolere»<sup>91</sup>. Muestra ahora la semejanza con la vida de la naturaleza: «Sic semina sicca virescunt / iam mortua iamque sepulta, / quae reddita caëspite ab imo / veteres meditantur aristas»<sup>92</sup>.

Y llegamos ahora a los versos prudencianos más hermosos y más emotivos, porque encierran una belleza literaria inusitada, una fe profunda y una delicadeza extraordinaria hacia la Madre Tierra. Escuchemos sus palabras, rebosantes de fervor, en las que habla directamente con la Madre Tierra, personificada, rogándole reciba el cuerpo del difunto en su tierno regazo y lo guarde maternalmente hasta el día de su resurrección: «Nunc, suscipe, terra fovendum / gremioque hunc concipe molli! / Hominis tibi membra sequestro, / generosa et fragmina credo. / Animae fuit haec domus olim, / cui nobilis ex Patre fons est, / fervens habitavit in istis / sapientia principe Christo. / Tu depositum tege corpus, / non immemor ille requiret / sua munera fitor et auctor / propriique enigmata vultus. / Veniant modo tempora iusta, / cum spem Deus impleat omnem, / reddas patefacta necesse est, / qualem tibi trado figuram»<sup>93</sup>.

Difícilmente pueden encontrarse mayor expresividad y belleza literarias que las que resplandecen en este himno de Prudencio, despedida llena de esperanza, al cadáver que va a ser sepultado; el sepulcro cobra así el alto sentido del regazo maternal, que recibe el cadáver —santificado en vida por la presencia del alma cristiana— para conservarlo y darle nueva vida en el último día.

## CONCLUSION

Hemos llegado ya al final de este breve artículo, saturado de citas con las que hemos pretendido dar una impresión de conjunto, aunque

90. Cf. vv. 13-16.

91. Cf. vv. 65-68. Cf. también HORACIO, *Od.*, 1, 24, 5.

92. Cf. vv. 121-24.

93. Cf. vv. 125-40. Cf. también I. RODRIGUEZ y J. GUILLEN, *Obras Completas de Aurelio Prudencio*, B. A. C., Madrid, 1950, donde el Dr. RODRIGUEZ, en las introducciones y comentarios, menciona varias veces el tema de la Maternidad de la Tierra.

no exhaustiva, sobre la idea universal, bella, exacta y tierna, de considerar a la Tierra como Madre de todo lo que llega a recibir el don de la existencia; idea que se continúa en la literaturas posteriores, de las que no hemos intentado ocuparnos aquí.

Para terminar, como broche de esta exposición —aunque cronológicamente no corresponda a la época estudiada—, me permitiré citar aquí las tiernas y expresivas palabras de San Francisco de Asís que celebran a la Madre Tierra: «Laudate sí, misignore, per sora nostra matre terra, / la quale ne sustenta et governa / et produse diversi fructi con coloriti flori et herba»<sup>94</sup>.

A. P. RIOL

---

94. Cf. Cántico del hermano Sol, 20-22.